

CRONICA...

# ERASE UNA VEZ EN EL

REPRODUCIMOS DEL «SEMANARI MONTBUI», POR SU INTERES HISTORICO Y LITERARIO, EL PRESENTE TRABAJO DE J. CONDAL VILARDELL

A todas las mujeres y a todos los hombres, que de resultas de nuestra guerra civil comieron, como yo, el pan amarillo de maíz y bebieron en las fuentes del miedo.

El Casino era una fiesta. Corríamos llenos de ilusión hacia el Casino, en el primer día de nuestra Fiesta Mayor a finales de los años cuarenta, hace casi treinta. Toda una generación perdida. Teníamos para nosotros la mejor orquesta de bailables de toda la historia del Casino. Una verdadera selección entre las mejores orquestas seleccionables del momento. Los tiempos habían sido muy duros, durísimos. Yo diría que se bailaba para olvidar el pasado; hoy quizá se baile para olvidar el futuro. En el Casino empezaba la Fiesta Mayor, subíamos su escalera, aquella escalera subida con la ilusión de nuestros años juveniles. Escalinata, ramal, tramo último para llegar los primeros en el momento primero de su fiesta. Percibíamos ya los primeros pasos y compases musicales de sus bailes, de aquellos angelitos negros que tú pintor que pintas con amor, por qué desprecias su color, si sabes que en el cielo también los quiere Dios. Abrázame así, que esta noche yo quiero vivir la más loca aventura de amor, cuando estés a mi lado, abrázame así. Y en el baile de aquel Casino festero, procurábamos abrazarlas para redimirnos de nuestra niñez, dejar de ser los niños pobres de la postguerra, con sus cartillas de racionamiento, su Auxilio Social, su Historia Sagrada y su Cara al Sol, o los niños que el cine nos había idealizado, Freddie Bartholome, Sabú, Mickey Rooney, Capitanes intrépidos, El Mago de Oz. Aprender a ser mayores a través de nuestras hermanas mayores, con sus zapatos topolino, sus rebecas de punto, sus novelas de Rafael Pérez y Pérez o sus galanes ilustrados en las páginas amarillentas y sepia de Primer Plano. Aprender a ser mayores a través de nuestros hermanos mayores, con sus corbatas a rayas como Glend Ford en «Gilda» con sus gabardinas de cuello subido como Humphrey Bogart en «Casablanca» o con la alegría de Gary Grant, capaz de beber un whisky con una mano y dar un puñetazo con la otra en «Mr. Lucky».

Al fondo de la sala de baile, en el escenario, estaba la orquesta con su director, aquel compositor, arreglador y director de la mejor música bailable del momento. El prestidigitador musical, ilusionista, juglar, el gran Merlín de nuestras piezas musicales. El Casino era una fiesta. Cualquier parecido con la actualidad es pura coincidencia. Aquí sí que cualquier tiempo pasado fue mejor. Ya se sabe por quién doblan las campanas. No hay que alarmarse, es la marcha del tiempo y el tiempo sigue su marcha.

Corríamos hacia el Casino llenos de ilusión... La diferencia a finales de los años cuarenta, hace casi treinta, con hoy, está simplemente en la ilusión. Todo ser sin ilusión está triste y abatido. Actualmente el Casino y su Fiesta Mayor quizás estén sin ilusión, decadentes.

«Malas andamos» cuando a la persona no le queda ni una sola ilusión. El bolero estaba en su mejor momento. Se bailaban las lentitudes de Machín, Bonet de San Pedro o Lorenzo González. Era una música que nos liberaba, a los que habíamos sido niños en la guerra, del tiempo del sarrampión, la escarlatina y las paperas. Dejábamos atrás las aventuras de Jorge y Fernando, Juan Centella, Cuto en Chicos, Flechas y Pelayos, El Hombre Enmascarado y Diana Palmer, El Coyote, Doc Savage. En nuestros bolsillos hahllábamos aún la entrada de la última sesión cinematográfica de las noches del sábado, la retorciámos con los dedos, como un xiclé de papel, y entre baile y baile pensábamos en aquellos

héroes y heroínas del cine americano.

Se ha dicho que Hollywood fue una gran fábrica de sueños. Creo que Hollywood fue, realmente, una gran fábrica de mujeres. Luego, cada uno haríamos de cada una un sueño. Aquellos labios continentales, aquellos pechos planetarios, aquellos cuerpos siderales, que desbordaban la pantalla. Los fabricados de Hollywood no tenían equivalencia en la vida real. Los ojos de Heddy Lamarr, Gene Tierney, Virginia Mayo, Ingrid Bergman, Paulette Goddard, Rita Haywort los postres de aquel gran menú hollywoodiano. Rita Haywort, seguramente la mujer más guapa del mundo. Últimamente la vimos otra vez en «Gilda», en el momento culminante de su belleza. Daba el mentis más rotundo a las normas comerciales de la moda cambiante y su sociedad de consumo. Estaba actualizantemente bella en su mundo no actual. Aunque la mujer bella no se vista de seda, bella se queda. Pero siempre se verá de, por, sobre, tras el cristal publicitario con que se mire.

Entre baile y baile, con Machín, aprendimos a «declararnos», con dos gardenias para ti, con ellas quiero decir te quiero, te adoro mi vida, ponles toda tu atención porque son tu corazón y el mío. Una revista del «corazón» ha constatado últimamente que media España se «declaró» con los sonos de Machín. No podía ser de otra manera. Mitad sí, mitad no. Y es que España siempre se ha compuesto de dos mitades. Blancos o rojos, derechas o izquierdas, santos o masones, inquisidores o



La Orquesta Selen  
Una gran Orquesta



El gran Bogart con la



Josep Mª Ruera,  
prestidigitador  
musical, el gran  
Merlín de nuestros  
bailables.

UNA MAGNIFIC  
DE UNOS TIE  
LEJANOS, C  
OLVIDADOS. M  
COMO UNOS (  
NOS CREER,  
COMO OTF  
¡¡AL MENOS ER